

11

Sanja Štrbec

"Doña Mercedes" para todas las demás niñas y para todas las demás madres.

Para Ernestina no porque hasta donde le alcanzaba la memoria Mercedes había sido como de la familia... o más bien más aun porque las tías, las hermanas de papá y de mamá, como austriaca familia que eran tenían entre sí sus diferencias, sus desacuerdos, sus pequeñas rencillas y envidias arraigadas desde la infancia por cuestiones tan triviales como que el marido este o aquella abuela ya paterno o materno o viceversa había querido más, mimado más o obviado más los encuentros, las habilidades, las gracias de Remedios o de Bárbara que la seriedad, el aplomo o la seriedad de Loreto o el sentido de la puntualidad de Florita.

Y eso nada más en cuanto a hermanas, las tías con las otras, que en navaja o cuchadas las cosas se complicaban más si cabe porque Ariana, el Sr. Ariano, había que estar de acuerdo y asentado, era un desahogado de bondad pero, ella, Melinda...

Las gracias



de tal o cual nieta o sobrina; o la apostura, la gallardía y caballerosidad de tal sobrino; pero con Licinia no era el caso porque Licinia nada más era nuestra o, más concretamente, sólo mía.

Y no es, entiéndase, que no fuera amiga de mi madre; que sí lo era, y que no fueran juntas al cine algunas veces, pero el motivo principal, el vínculo que la uniera con nosotros, era que Licinia me adoraba.

Recuerdo bien cuánto y cómo me quería y, en cambio, no sé bien si la recuerdo a ella o es que me la sugiere, la dibuja en mi mente, una expresión, un gesto, el timbre de una voz o la forma seductora, un poco pícara, con que intuía a la otra mirando de hito en hito a sus pupilas cuando se quería camelar a... qué menos, haciéndose una composición de lugar rápida, que un par de ellas o tres.

(Continuará)

(de "El diario de Bernardina")

→